



**CARMEN  
MARTÍN GAITÉ**

**Las ataduras**

Prólogo de Ana María Moix

Siruela

**CARMEN MARTÍN GAITE**

**LAS ATADURAS**

Prólogo de  
Ana María Moix

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

## Índice

Cubierta

Portadilla

Prólogo

Las ataduras

Las ataduras

Tendrá que volver

Un alto en el camino

La tata

Lo que queda enterrado

La conciencia tranquila

La mujer de cera

Créditos

## Prólogo

### El lenguaje: la casa del escritor

La obra narrativa y ensayística de Carmen Martín Gaité (Salamanca, 1925-Madrid, 2000) crece con el paso del tiempo. Perteneciente a la llamada generación de los años 1950, sus novelas aparecen hoy como ejemplo de rigurosidad y buen hacer literarios. En medio de un panorama cultural tan feamente dominado por factores mediáticos y mercantiles, en el que las cifras de ventas de una novela se confunde con la calidad que encierra, los escritores, sobre todo los más jóvenes, viven sumidos en la carencia de modelos, de ejemplos, de auténticos creadores a los que seguir no ya como maestros estrictamente literarios sino como escritores moralmente comprometidos con la escritura en sí misma, al margen de tendencias, de modas y de exigencias de mercado. Carmen Martín Gaité fue una escritora perteneciente a la llamada generación de los años 1950, configurada por personalidades tan poderosas como, entre otras, las de Rafael Sánchez Ferlosio, Ignacio y Josefina Aldecoa, Ana María Matute, Juan Benet, Luis Martín Santos, Medardo Fraile, Claudio Rodríguez, Juan García Hortelano, Ángel González, Carlos Barral, Juan Goytisolo, José Agustín Goytisolo, Josep M.<sup>a</sup> Castellet... Una nómina gloriosa –aquí incompleta por la brevedad– cuyos miembros se movieron, por lo general, merced a un afán de renovación cultural que las generaciones posteriores no podemos sino agradecerles. Lecturas comunes, polémicas estimulantes sobre la literatura, política y compromiso (pero, cuidado, no sólo compromiso político e ideológico, que lo hubo, y poderoso, sino compromiso con el hecho literario en sí mismo), afán de cosmopolitismo cultivando la lectura y el conocimiento de los autores que, en aquellos mismos años, estaban

publicando en Europa y en Estados Unidos (muchos de los autores citados nos han legado magníficas traducciones de obras de escritores como Natalia Ginzburg –la propia Carmen Martín Gaité–; Nathalie Sarraute, la primera Marguerite Duras –traducida por Carlos Barral, ¡en 1953!–, T. S. Eliot –por Jaime Gil de Biedma–, etc.), y un empeño en el que diríase que les fuera la propia vida en romper con la estética imperante en aquella España negra y dictatorial que les tocó vivir, una estética que aunaba postromanticismo ñoño y retórica del espíritu de los vencedores de la guerra civil, una estética que encajaba perfectamente con el puritanismo y la hipocresía de las clases burguesas dominantes. Se trataba de mirar al exterior del momento sin dejar de ahondar en la tradición de las literaturas clásicas occidentales, en la gran tradición.

Y, para el cumplimiento de ese afán de encontrarse con las estéticas literarias del momento, surgió una figura que aglutinaría tendencias y personalidades tan distintas como las que hemos nombrado: Carlos Barral, poeta, escritor y, para los intereses de aquel puñado de escritores, editor de valía insuperable. Al frente de Seix Barral, editaría las obras de muchos de los integrantes de aquella generación y sería el alma de los encuentros de Formentor, donde nuestros entonces jóvenes escritores serían invitados a dialogar y polemizar con escritores de la talla de Marguerite Duras, Ingeborg Bachmann, Max Frisch, James Baldwin, Michel Butor, Alberto Moravia, Elio Vittorini, Alain Robbe-Grillet, Nathalie Sarraute, Dominique Aury, Roger Caillois, Raymond Queneau, Carlo Levi, Italo Calvino, Max Aub, Octavio Paz, el joven Hans Magnus Enzensberger, Angus Wilson y, entre otros, Iris Murdoch, y editores como Gallimard, Feltrinelli, George Weidenfeld, Giulio Einaudi, Barney Rosset... En fin, la lista resultaría exhaustiva para el propósito de estas líneas, pero baste señalar que se trata de los nombres de quienes, en aquellos años, estaban renovando el panorama literario en el mundo occidental y que el contacto que el grupo de escritores de la generación de los cincuenta entabló con ellos, y sobre todo con su labor, no podía, de ningún modo, caer en saco roto.

Carmen Martín Gaité nació en Salamanca, en 1925, donde vivió durante su infancia y adolescencia, salvo largas estancias veraniegas transcurridas en la localidad gallega de San Lorenzo del Pinar. El

caserón de la familia materna, el marco geográfico y el paisaje humano de los meses estivales resultarían elementos básicos en la formación de la futura escritora: allí, la imaginación infantil se avivaba y enriquecía a la escucha de los cuentos de la región, y también con el acceso a una biblioteca de folletines decimonónicos y de novelas rosa, tema en el que, con los años, se revelaría como una brillante estudiosa (*Usos amorosos de la posguerra española*, Premio Anagrama de Ensayo 1987). Pero hubo otras casas fundamentales en la gestación de su talante estético y humano. Hubo la casa de Salamanca, con «el cuarto de atrás» (que titularía una de sus mejores novelas, *El cuarto de atrás*, Premio Nacional de Literatura 1978), donde, aislada del mundo de los adultos, se entregaba a tres de sus grandes pasiones: la conversación, la lectura de los clásicos y de los grandes novelistas del XIX (excepcionales son sus traducciones de *Madame Bovary*, y *Cumbres Borrascosas*, de Emily Brontë), y las anotaciones en cuadernos, que nunca abandonó y de los que surgiría pasado el tiempo uno de sus, en mi opinión, libros mayores: *El cuento de nunca acabar*. Y, más tarde hubo otra casa, una casa mucho más grande, una casa inmensa, una casa que era una ciudad: Madrid, donde llegó en 1948 para hacer el doctorado en Filología románica, y donde, a través de su ya amigo Ignacio Aldecoa, entró en contacto con un grupo de jóvenes (Alfonso Sastre, Jesús Fernández Santos y los ya citados Medardo Fraile, Juan García Hortelano, Josefina Aldecoa, Juan Benet y Rafael Sánchez Ferlosio, con quien se casó) que se convertiría en el centro de la vida literaria madrileña de los años 1950 y 1960 y que centraría, al correr del tiempo, su espléndida rememoración *Esperando el porvenir* (1994). Madrid debía de ser una casa tan rica en experiencias, conversaciones, lecturas y amistad que el doctorado quedó esperando al otro lado de la puerta y de los años. Veintidós años para ser exactos, hasta que publicó *El proceso a Macanaz* (1970). Antes, la literatura y Madrid sustituyeron a la investigación y la joven universitaria se convirtió en novelista: a *El balneario* (1954) siguieron *Entre visillos* (Premio Nadal 1957), *Las ataduras* (1960), *Ritmo lento* (1963) y nueve años de silencio narrativo que, entonces ya sí, dedicó a la investigación histórica y literaria iniciando la que llegaría ser la segunda vertiente de su escritura: el ensayo (*El proceso a*

*Macanaz*, 1970; *Usos amorosos del dieciocho en España* y, entre otros títulos, *La búsqueda del interlocutor y otros ensayos*, 1973), género en el que reveló un espíritu finamente crítico, irónico y sagazmente atento a las complejidades que mueven los comportamientos humanos tanto individuales como colectivos.

Carmen Martín Gaité lo sabía todo sobre el arte de narrar y prueba de ello es una de las características más sobresalientes de su obra narrativa: la construcción de sus novelas, la arquitectura verbal sobre la que se asientan los avatares argumentales de sus ficciones y los procesos anímicos y experiencia del mundo de sus personajes. *Retabílas* (1974), *Fragmentos de interior* (1976), *El cuarto de atrás* (1978), *Nubosidad variable* (1992), *Lo raro es vivir* (1997) e *Irse de casa* (1998) son novelas de una enorme rigurosidad estructural. Este factor literario y la capacidad de la autora para bucear en el interior de sus personajes femeninos, describiendo el proceso de formación, y en ocasiones de transformación, de la identidad de sus protagonistas constituyen, en mi opinión, los rasgos más sobresalientes de sus obras.

El lector asiste, en el relato que da título a *Las ataduras* (publicado por primera vez en 1960), a la lucha interior de su protagonista para desvincularse de los lazos tremendamente paralizantes que la unen con su padre. Se trata de un proceso escrito con dolor contenido en el que la protagonista, ya adulta, emparejada y madre de una criatura, en París, lejos de la aldea en la que nació y creció, se ve impelida a emprender so pena de que la sombra del padre, inocentemente poderoso sobre ella, acabe por anular sus propias ansias de abrirse paso, libre, en la vida, y por destruir sus relaciones de mujer adulta. Un proceso en el que no se admite procurar al otro, para lo cual será inevitable un dolor, un rompimiento interior para el que nadie, ni el padre ni su pareja sentimental, podrá aportarle alivio. Sólo su abuelo, que en tiempos experimentó y cumplió sus mismas ansias de libertad, atina a explicárselo sucintamente: «Nunca está uno libre. El que no está atado a algo no vive. Y tu padre lo sabe. Él quiere ser tu atadura, pero no lo conseguirá... Con él puedes romper y romperás. Las verdaderas ataduras son las que uno escoge, las que se busca y se pone uno solo, pudiendo no tenerlas». Y Alina, finalmente, rompe las ataduras con su padre, sustituyéndolas por otras, que ella ha elegido. Y lo hace sin

violencia, sin destruir al padre, en un proceso finamente expuesto por nuestra escritora.

Rosa Chacel, una de nuestras más grandes escritoras del siglo XX, señalaba que era enemiga de las modas, que era partidaria del modo. Carmen Martín Gaité, siempre al margen de modas, eligió sus modos. Y fue su lección. Escribió lo que quiso, sin atender a los reclamos del yugo del mercado editorial, lo que creía firmemente que debía escribir. Durante los últimos años de su vida recibió premios notables: el Premio Príncipe de Asturias de las Letras 1988, Premio Castilla y León de las Letras 1991 y el Premio Nacional de las Letras Españolas en 1994. Pero el mayor premio que pueda recibir un escritor es el de ser leído, en vida y después de su muerte. Un premio que está en manos de quien, en realidad, es el único que ostenta el poder para decidir si un escritor existe o no: el lector. Juzgue, pues, y haga posible, con su lectura, que Carmen Martín Gaité merezca seguir viviendo entre nosotros. Es de justicia.

**Ana María Moix**



# LAS ATADURAS

*A mi padre, abnegado y tenaz.  
A mi madre, que nunca me forzó a  
ninguna cosa, que parecía que no me  
estaba enseñando nada.*

–Ay de mí –se dijo el ratón–. El mundo se me vuelve cada día más angosto. A lo primero era tan vasto que me daba miedo; yo corría a todas partes, siempre adelante, y me sentí dichoso al ver, por fin, lejanos muros a derecha e izquierda; mas he aquí que estos muros se me vienen cerrando tan rápidamente el uno contra el otro, que me veo ya en la última estancia, y ahí, en el rincón, está la trampa en la que voy a caer.

–No tienes más que volverte –dijo el gato. Y se lo comió.

Franz Kafka, *Pequeña fábula*

## Las ataduras

–No puedo dormir, no puedo. Da la luz, Herminia –dijo el viejo maestro, saltando sobre los muelles de la cama.

Ella se dio la vuelta hacia el otro lado, y se cubrió con las ropas revueltas.

–Benjamín, me estás destapando –protestó–. ¿Qué te pasa?, ¿no te has dormido todavía?

–¿Qué quieres que me pase? Ya lo sabes, ¿es que no lo sabes? ¡Quién se puede dormir! Sólo tú que pareces de corcho.

–No vuelvas a empezar ahora, por Dios –dijo la voz soñolienta de la mujer–. Procura dormir, hombre, déjame, estoy cansada del viaje.

–Y yo también. Eso es lo que tengo atragantado, eso. Ese viaje inútil y maldito, me cago en Satanás; que si se pudieran hacer las cosas dos veces...

–Si se pudieran hacer dos veces, ¿qué?

–Que no iría, que me moriría sin volverla a ver, total para el espectáculo que hemos visto; que irías tú si te daba la gana, eso es lo que te digo.

–Sí, ya me he enterado; te lo he oído ayer no sé cuántas veces. ¿Y qué? Ya sabes que a mí me da la gana y que iré siempre que ella me llame. También te lo he dicho ayer. Creí que no querías darle más vueltas al asunto.

–No quería. ¿Y qué adelanto con no querer? Me rebulle. Tengo sangre en las venas y me vuelve a rebullir; me estará rebullendo siempre que me acuerde.

–Vaya todo por Dios.

–Da la luz, te digo.

La mujer alargó una muñeca huesuda y buscó a tientas la pera de la luz. Los ojos del viejo maestro, foscos, esforzados de taladrar la oscuridad, parpadearon un instante escapando de los de ella que le buscaron indagadores, al resplandor que se descolgó sobre la estancia. Se sentó en la cama y la mujer le imitó a medias, con un suspiro. Asomaron las dos figuras por encima de la barandilla que había a los pies, a reflejarse enfrente, en la luna del armario. Toda la habitación nadaba con ellos, zozobraba, se torcía, dentro de aquel espejo de mala calidad, sucio de dedos y de moscas. Se vio él. Miró en el espejo, bajo la alta bombilla solitaria, el halo de sus propios pelos canosos alborotados, el bulto de la mujer, apenas surgido para acompañarle, el perfil de tantos objetos descabalados, ignorados de puro vistos, de tantas esquinas limadas por el uso, y se tapó los ojos. Dentro de ellos estalló un fuego colorado. Alina, niña, se sacudía el cabello mojado, riendo, y dejaba las frazadas de leña en la cocina, allí, a dos pasos; su risa trepaba con el fuego. Ahora un rojo de chispas de cerezas: Alina, en la copa de un cerezo del huerto, le contaba cuentos al niño del vaquero. Ahora un rojo de sol y de mariposas; ahora un rojo de vino.

La mujer se volvió a hundir en la cama.

—Herminia, ¿qué hora es?

—Las seis y cuarto. Anda, duérmete un poco. ¿Apagamos la luz?

Por toda contestación, el maestro echó los pies afuera y se puso a vestirse lentamente. Luego abrió las maderas de la ventana. Se cernía ya sobre el jardín una claridad tenue que a él le permitía reconocer los sitios como si los palpara. Cantó un gallo al otro lado de la carretera.

—Tan a gusto como podían vivir aquí esos niños —masculló con una voz repentinamente floja—. Tantas cosas como yo les podría enseñar, y las que ellos verían, maldita sea.

—Pero ¿qué dices, Benjamín? No vuelvas otra vez...

—No vuelvo, no; no vuelvo. Pero dímelo tú cómo van a prosperar en aquel cuartucho oliendo a tabaco y a pintura. Ya; ya te dejo en paz. Apaga si quieres.

Ella le había seguido con los ojos desde que se levantó. Ahora le vio separarse de la ventana, cerrar las maderas y coger su chaqueta, colgada en una silla. Le hizo volverse en la puerta.

—¿Adónde vas?